

El Aguijón de los Recuerdos



Dana Hart

María Cielo reprimía sus emociones, reprimía sus sentimientos, reprimía sus pensamientos.

Tenía recuerdos que nunca habían sucedido, que solo tenía lugar en su propia cabeza. Estaba llena de acontecimientos distorsionados, donde el deseo se había mezclado con la realidad de manera absurda.

Nunca fue buena en hacer esa distinción, entre deseo y realidad. Dos polos que se cruzaban en su cabeza y se convertían en una pintura abstracta, un tanto surrealista.

- Necesito hacer el amor. Ser derribada consentidamente contra el suelo, con la boca sobre la tierra y las palmas de las manos abiertas. Sentir que están jalonando mis pantalones y que no me muevo, por el peso de quien me retiene encima. Hundirle en mi cuerpo, mientras le beso con una sola lengua, penetrada. Tocar mi propio clítoris, porque mi placer es mi placer, hasta que el

orgasmo me desate las contracturas y me drogue, durante esos segundos culminantes.

Pero él está ocupado. Está tan ocupado. Usa una pechera verde de la ATE y solo puedo verlo en las fotos, golpeando el bombo con su cara más seria, más decidida. Ni parecido al rostro que tenía conmigo, cuando nos sumergíamos al río y me decía "te amo" bajo el verdor del agua maloliente. Nunca me dio un beso. No tocó mi cuerpo, ni me dio una sola caricia. Siempre estuvo ocupado en ser lo que fue, lo que es, aquello que solo puedo ver a lo lejos, con la pechera verde.

Recuerdo que él solía tener el cuerpo delgado, flaco como una escoba, un poco encorvado. Con el pelo por debajo de la oreja y la boca grande, con unos labios bien carnosos. Una vez me llevó en su moto hasta la tumba de Vairoleto y me enseñó su dicho: "*A los que me lloran por muerto, dejen ya de llorar, vivo en el alma del pueblo, nadie me puede matar*". Me mostró su casa y la acequia por la que intentó escapar a caballo cuando lo seguía la

policía. Le dispararon y lo mataron sobre esa misma acequia, en la que no me tocó, ni un solo pelo. Yo quería que me saltara sobre el suelo, y me dejara inmóvil, voluntariamente, hasta que se me llenara el clítoris de tierra. Pero él no estaba ahí. Estaba y no estaba. La moto se le quedó sin combustible y volvimos cantando "Luna Tucumana", hablando de toros, lobos y otras cosas que no recuerdo. Está tan ocupado. Estuvo tan ocupado siempre que nunca notó mi necesidad de hacer el amor. Cuando se hizo más grande el cuello le creció, su cuerpo se ensanchó y se convirtió en un hombre. Según las fotos, hizo muchos asados y fue aplaudido en innumerables ocasiones. Tuvo algún bebé, por lo tanto a alguien más si que le hizo el amor.

En la mañana del 12 de septiembre del 2023, María Cielo decidió volver a su pueblo natal, para reencontrarse con aquel que fue su primer amor, Marcos,

un joven ágil, criado entre los cerros, abriendo y cerrando tranqueras, cazando vizcachas y recibiendo los palos de algún buen señor.

Hizo sus maletas, se calzó sus mejores ropajes y salió hacia San Rafael, para reencontrarse con él. Se durmió durante el viaje, como una auténtica especialista y llegó a la hora convenida al Terminal, estirando las piernas bajo el arco azul. Se tomó un taxi hasta lo que recordó ser el hogar del amor de sus recuerdos. Era cerca del cruce de una vía, muy hacia el final de un descampado, pegado a un condominio de viviendas todas iguales.

En cuando se aproximó pudo verse a si misma sentada en la vereda, con él, siendo una niña atolondrada que todavía jugaba a algo parecido a las escondidas. Lo vio cruzando en su memoria, aquella calle que se veía tan similar, tan inamovible, que conducía directo al Club, en la que pasó sus primeros y mejores veranos. Cuando el agua todavía se sentía calentita al cuerpo, y podía tirarse de cabeza a la piscina, para salir a secarse luego, en un salón lleno de gente jugando al Truco. Y repetir:

"Quiero vale cuatro", mientras le chorreaba el agua por la punta de los pelos.

Cada paso que daba, la hacía pensar, si aquellos días fueron los más felices de su vida y si volverán. Cada paso que daba, saboreaba la miel de los recuerdos y temía más y más a las trampas de la melancolía.

Se acordaba cuando se armaba un grupo del barrio, que iba derecho hacia la rotonda distinguida por su enorme monumento a las uvas, caminando todas las noches, profanando con un alambre los teléfonos públicos para que vomitaran monedas. Ella siempre perdía cosas. Perdió el jabón bañándose en la acequia. Perdió el termo con el mate en alguna esquina. Y también lo perdió a él. Cada paso, le gatillaba un recuerdo, tal vez era algo en el ambiente, un aroma que los evocaba. Se acordó de la "luz mala" y la "luz buena" y todas esas historias de terror que narraban en el campo, cuando era de noche, frente al fuego, sin ninguna otra cosa que hacer. La voz de las luciérnagas. Su presencia.

Llegó hasta la puerta de la casa, tocó tres veces con fuerza y escuchó unos movimientos que impactaron directamente sobre su corazón. La puerta se abrió y no era él. ¡No era él! Ese hombre descuidado, frente a un paisaje de latas de cerveza, ¡no podía ser él! Tenía la pechera verde de ATE miles de veces más sucia de lo que podía verse en las redes. Salía un olor a salame, de esa casa que con tanto amor recordaba entre sus sueños.

Desde la puerta, se veía la mesa en relación directa. La mesa que es el objeto más necesitado y a la vez menos valorado por la especie. No ha habido guerra triunfante, que no haya terminado en un banquete. Bacanales. Festejos. Salamancas. Aquelarres. La mesa siempre está servida. Es símbolo también de las opresiones viejas y modernas. La mujer como su limpiadora. ¡La mesa! Donde se sirven todas las culturas modernas. Con adornos y comidas variopintas. En cumpleaños, matrimonios o cualquier cena. Cada almuerzo de domingo, cada desayuno, está allí, de pie, en sus cuatro

patas, una mesa. Aquella mesa, en la casa del hombre de sus recuerdos, llena de cubiertos y platos sucios, secos, disecados por el paso del tiempo. No había rastros de ningún bebé, todo era podredumbre, nada era vida nueva.

- ¡¿María Cielo?! ¿Sos vos?

- ¡Marcos!

- ¿Qué haces che, tanto tiempo? Qué sorpresa. Vení, pasá, está medio desordenado disculpáme, no esperaba a nadie, pero pasá che...

- No, no, está bien... Venía solamente de pasada, pasaba por acá, para decirte, qué estupidez, yo venía porque...

- ¿Por qué? Decime... ¿En qué te puedo ayudar?

- Bueno, a decir verdad Marcos, yo venía porque...

- Decime Cielo, ¡no me asustes!

- Venía porque quería que me tiraras, autorizadamente, contra el suelo, y me penetraras como si fueras un camión que me pasó por encima...

- ¿En serio me decís eso? Porque la verdad es que yo siempre quise, siempre, pero siempre quise...

- ¡No! No Marcos, ya no, ahora no, tomá, te lo devuelvo, acá está, te lo traje de vuelta: El agujón de tu recuerdo.

***Tapa y Contra Tapa realizada con el Grafiti de Franco de Colombia**

www.danahartescritora.com

Dana Hart